

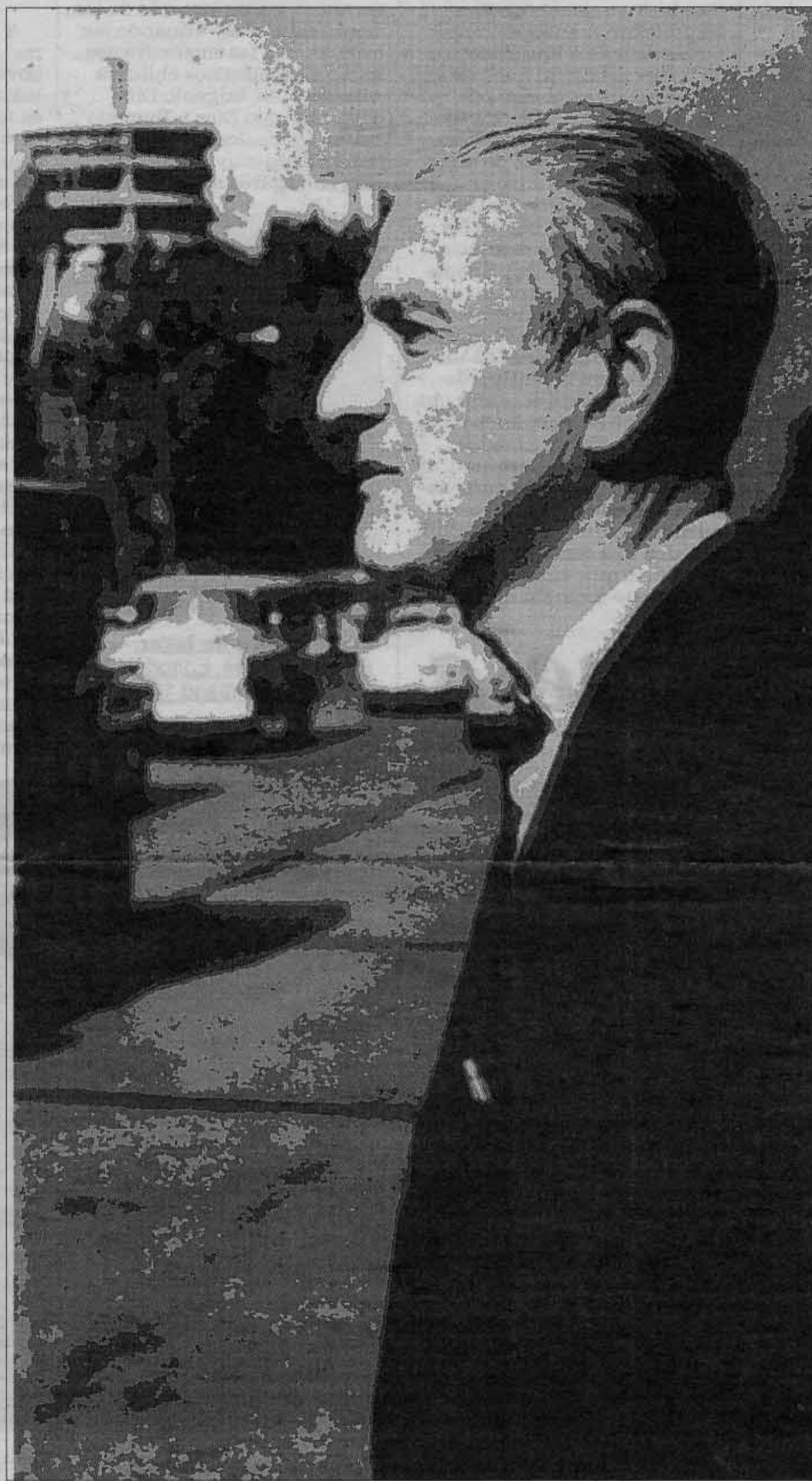
En la muerte de Carlos Droguett

A mi casa, situada a dos cuadras de la casa que había sido de Juan de Luigi, llegaba en una época a la hora del desayuno. No desayunaba en mi casa. Me arrastraba a la que él estaba construyendo en las vecindades, donde su hermana nos atendía con hospitalidad generosa.

LUIS SANCHEZ LATORRE

Tuve una amistad no muy larga, pero, eso sí, bastante intensa con Carlos Droguett. Intensa y extraña, por cierto. Droguett deseaba amigos obsecuentes, de entrega total; no toleraba la crítica. Le encantaba, por supuesto, criticar a sus enemigos y adversarios, que iban formando legión. El mismo se encargaba de fabricarlos. Detrás de todo oponente se escondía un ex amigo.

Cuando conocí a Droguett, su personalidad literaria, en alza por aquellos días, me era más o menos indiferente. Ni **Sesenta muertos en la escalera**, ni **Eloy**, ni **Patatas de perro** resultaban para mí libros perturbadores. Con Carlos Droguett yo había tenido una experiencia mala en mi adolescencia. En la lectura crítica que con mi amigo Ernesto Solovera hacíamos de la **Antología del verdadero cuento en Chile**, preparada hacia 1940 por Miguel Serrano, Carlos Droguett nos parecía uno de los cuentistas más desprovistos de gracia. Más tarde, a la hora del reconocimiento público, atribuímos a la oscilación cíclica del gusto aquel desinterés de antaño. Apadrinado por el formidable crítico y periodista Juan de Luigi Rossi, campeón de florete y de tiro de pistola,



salió de frentón a la arena literaria con su novela **Sesenta muertos en la escalera**. Era un treintaochista de la disidencia. No comulgaba para nada con los postulados de Juan Godoy, Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane y Oscar Castro Zúñiga acerca de la renovación del realismo. Todo eso era para él "monserga criollista".

Hombre de cáscara dura, de trato poco afable, sentía, no obstante, entusiasta simpatía por escritores como Pablo de Rokha y Manuel Rojas. No creo que haya sido Pablo de Rokha quien le

presentara a Juan de Luigi, sino al revés. El hecho es que junto con colaborar en el diario radical *La Hora*, en cuya página de redacción de Luigi era como un Rochefort de la primera época, Droguett se transformó en asiduo visitante de la casa de la familia De Luigi—Lemus, calle Hernando de Magallanes con Los Pozos, adonde también empezaba a llegar con frecuencia el autor de la **Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile**.

A todos, en el fondo, los unía cierta fobia derivada del ostensible colonialismo nerúdico.

amplio espectro de la oposición podía sepultar por largo tiempo (seis años) sus tiquismiquis internos.

En 1968, en un foro sobre la novela chilena celebrado por el Instituto Cultural de Las Condes, me fue lícito conversar con Carlos Droguett, siempre huidizo y con semblante algo burlesco en una cabeza particularmente movible. Ese mismo año tuvimos ocasión de encontrarnos en los funerales de Pablo de Rokha, donde improvisó una endecha que suscitó polvareda, y en una reunión—por lo demás memorable—de escritores en La Serena. Como yo viajaba en compañía de mi mujer y él de la suya, Isabel Lazo, toda bondad y abnegación, no fue difícil que ambas se entendieran de maravillas, promoviendo nuestro acercamiento. Allí descubrí que la burla y el mohín despectivo en labios de Droguett formaban parte de la máscara del tímido. En efecto, su rebeldía y agresividad, por las que había ganado fama, provenían de una suerte de revalidación constante que tenía que hacer de su persona.

Conozco decenas de heridos y contusos por culpa de sus lances polémicos. Tres nombres al hilo: Eduardo Castro Le Fort, de la Editorial Universitaria; Pedro Lastra, poeta, ensayista y maes-

tro de literatura con residencia en los Estados Unidos; Alfonso Calderón...

Una nómina de damnificados sería cuento de nunca acabar.

A mi casa, situada a dos cuadras de la casa que había sido de Juan de Luigi, llegaba en una época a la hora del desayuno, preguntando con cierto falsete en la voz por un tal "Orrego", título de un pequeño relato mío que él, manirroto, había considerado relevante. No desayunaba en mi casa. Me arrastraba a la que él estaba construyendo en las vecindades, donde su hermana, magnífica persona, nos atendía con hospitalidad generosa.

El Encuentro Latinoamericano de Escritores de 1969 y la entrega ese año del Premio Nacional de Literatura a Nicanor Parra nos separaron. Me escribió una nota en que daba por cancelada para siempre nuestra amistad. Del período mejor de esa amistad guardo numerosas cartas literarias de Droguett. Incluso una en que me injuria por haber sostenido yo, a manera de broma, que la novela moderna había culminado con el **Doctor Fausto**, de Thomas Mann. Más tarde, desde su exilio en Suiza, me castigó otra vez con energías invectivas.

Su muerte, sin duda, nos disminuye.

Este colonialismo, como se sabe, había alcanzado un perfil político. De ahí que en 1958, al proyectarse las candidaturas presidenciales para la elección de ese año, Juan de Luigi y Carlos Droguett adhirieron a la de Eduardo Frei Montalva y no a la de Salvador Allende. Pablo de Rokha, más tradicionalista, no tuvo trazo para cambiar de camisa. Confirmó su apoyo (y el de su revista *Multitud*) a la candidatura de Allende.

Según se recuerda, en 1958 ni Frei ni Allende: Alessandri. Con las fuerzas conservadoras en el poder, el